

863
S.



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

ES PROPIEDAD

NOTA. Esta novela está basada en la comedia que con el mismo título escribió D. José Marco, y se ha representado con extraordinario éxito en todos los teatros de España.

866567
55
56
1916

CAPILLA ALFONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
U. A. N. D.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS HIJOS DE TELLO
Carrera de San Francisco, 4.

PARTE PRIMERA

MUNDETA

.....
¿Qué hace el ave de paso?
Se lanza al mundo, y busca con inquietud el sitio en donde poder construir una vivienda; no tiene reposo hasta encontrar una habitación, un pequeño mundo, en donde pueda obrar, según su especie, con calma y libertad.
Cuando ha encontrado la ribera ó el árbol sobre que quiere reposar, reúne hojas y hierbecillas, y se despoja de sus mismas plumas para formar un nido: después se tranquiliza, ve el mundo desde allí, y canta hasta la próxima emigración.

FEDERICA BREMER.

I

ESCENA CONYUGAL

Era una templada noche de primavera, cuando en una suntuosa casa, situada en la calle de las Infantas, de Madrid, se hallaban tres personas, al parecer en un estado de mal humor y de disgusto, que se retrataba de un modo muy claro y enérgico en sus respectivos semblantes.
Eran dos señoras y un caballero.

La una de ellas tendría de treinta á treinta y un años de edad, y era bellísima, si bien algo fría en la expresión de su semblante: largos cabellos rubios y sedosos patentizaban la poca firmeza de su carácter, y quizá también la impasibilidad de su temperamento; su tez era blanca, suave y aterciopelada; sus ojos azules, de un matiz claro y bastante faltos de expresión, pero rasgados y de dulce mirar; su nariz, perfecta; su frente, pequeña, y su boca, muy bonita.

Vestía, sin ninguna coquetería ni gracia, un elegante traje, hecho, á no dudar, por una de las mejores modistas de Madrid; mas colocado en aquel cuerpo, largo, delgado, caído y echado hacia adelante, no podía ostentar la perfección de su corte.

Era un vestido de seda, de lunarcitos en relieve, color de lila subido y adornado con exquisita gracia por algunos lazos de encaje y terciopelo negro.

Su cuello y vuelos, de encaje blanco, no podían haber costado menos de seiscientos reales, según su espumosa y aérea finura; un reloj, guarnecido de brillantes, se suspendía de una cadena de oro muy fina, que rodeaba su cuello y se cerraba por medio de un broche de esmeraldas y brillantes.

Aquella riqueza era elegante y hubiera embellecido á otra mujer cualquiera; pero la que presento á mis lectores deslucía todo cuanto llevaba puesto con su aire indolente y con una inexplicable dejadez, que no bastaba á animar ni aun el estado de

enojo á que al parecer se hallaba sometida en aquel momento.

La otra señora tendría poco más ó menos la misma edad: era mucho menos bella; pero todo lo que había de frialdad en su compañera, era en ella expresión, vida y sensibilidad.

Hermosos cabellos negros guarnecían su frente; sus ojos, grandes y negros también, eran tristes; una palidez ligera, de esa que nace de las penas del alma, vestía sus facciones, no muy correctas, pero sí llenas de gracia y armonía; en suma, aquella mujer era simpática, lo que, á mi juicio, vale mucho más que ser bella.

Su traje era muy modesto: un vestido de lana bien cortado, de fondo verde oscuro, con ramitos sueltos de seda carmesí; un cuello liso, y debajo de él una corbata de raso carmesí, completaban su atavío; sobre sus cabellos, peinados en trenzas, con un gusto á la par sencillo y distinguido, llevaba una toquilla de tul blanco prendida con un lazo de terciopelo.

Aquella señora no parecía enojada; pero en su rostro se pintaba la tristeza con rasgos expresivos. Tenía los ojos arrasados de lágrimas, y ora miraba á la dama, ora al caballero, que era á la sazón el más dominado por una cólera violenta.

Éste contaba alguna más edad que las dos señoras, y se adivinaba que rayaba en los cuarenta años. Su semejanza con la segunda de las dos damas que he descrito, decía claramente que eran

hermanos. Era, como ella, alto, esbelto, moreno, de grandes ojos aterciopelados, de fisonomía bella, inteligente y expresiva; vestía con elegancia un traje cortado con gran maestría y perfección.

Este hombre se paseaba por la estancia á pasos largos y desiguales. Aún cubría el pavimento una gruesa alfombra afelpada, y en la chimenea de mármol blanco, pequeña y elegante, ardía lentamente un fuego muy escaso.

El mueblaje de aquella habitación—que era sin duda una sala de confianza—no podía ser más suntuoso; pero el observador menos perspicaz hubiera comprendido que estaba en extremo descuidado su aseo, y que no se había movido, ni aun para limpiarle, del sitio en que le había colocado el tapicero al adornar la casa.

A cada lado de la chimenea había un pequeño canapé de tapicería de los llamados hoy *caseuses*, guarnecido de flecos y borlas de seda verde, que era el color del fondo de la alfombra.

Un reloj de bronce de dibujo antiguo y dos candelabros de igual gusto, ocupaban, bajo un espejo ovalado, el mármol de la chimenea.

Cubrían las paredes, vestidas de un papel verde aterciopelado con ligeros arabescos de oro, algunos cuadros de gran mérito, encerrados en marcos dorados muy sencillos. Algunos sillones de diferentes tamaños, forrados de terciopelo verde, ocupaban todos los huecos de la estancia, en medio de la cual, y delante de la chimenea, se veía

un elegante velador de palo de rosa, que contenía libros y algunos álbumes de mucho valor.

El caballero dió dos ó tres paseos por la estancia, se detuvo delante de la joven rubia, y exclamó:

—Te digo que se hará mi voluntad.

Aquella no dió muestras de haber oído estas palabras.

—Señora, yo hablo para que se me escuche, ¿lo oye usted?—exclamó exasperado el que paseaba, y elevando más el diapason de su voz.

—¡Si le estoy á usted escuchando!—respondió lánguidamente la rubia beldad, sin cambiar de posición ni levantar sus ojos de los dibujos de la alfombra.

—¡Oh, pero esto es irritante, esto es insoportable! ¡Esta mujer es, ó aparenta ser, un autómata!

Y aquel hombre, de cuyos ojos brotaban chispas, volvió á pasearse por la estancia.

—¡Hermano mío, por Dios, ten un poco de calma!—exclamó levantándose la dama de los cabellos negros y acercándose suplicante al que paseaba.—Gertrudis hará al fin lo que tú deseas... ¿Por qué irritarte así? ¿No sabes que esos arrebatos alteran tu salud, mi querido Andrés?

Aquella dulce voz, aquel acento persuasivo, pareció calmar la cólera del caballero, quien detuvo su furioso paseo, pasó la mano por su frente y se dejó caer en un sillón con aspecto, si bien más pacífico, abatido y triste.

—Tienes razón, Luisa—respondió á su hermana;—soy un loco en irritarme de esta suerte..., porque nada consigo más que matarme.

En efecto: de la elevada frente de aquel hombre brotaban esas menudas gotas de sudor que la angustia del alma produce, y que tan alto dicen cuánto padece aquel en cuyas sienas brotan; su respiración era anhelosa, y sus facciones todas se habían alterado profundamente.

Empero aquella á quien habían llamado Gertrudis, ni se alteró ante unas muestras tan elocuentes de sufrimiento, ni siquiera alzó sus ojos para mirarlo, continuando impasible y fría en su indolente actitud.

—Tienes cuatro hijos, hermano—continuó Luisa con acento persuasivo y penetrante;—cuatro ángeles, por los que debes mirar, por los que debes vivir. Por otra parte, tu esposa no se ha negado á tus deseos en lo que concierne á la educación de las niñas, y acabará por ceder, porque es razonable.

—¡Razonable!—repitió amargamente Andrés. Luego, dominándose con un violento esfuerzo, se acercó á la hermosa é impasible mujer que estaba sentada á dos pasos de él, y le tomó una mano con afectuosa ternura.

—Vamos, Gertrudis—le dijo:—soy un niño en encolerizarme; tú serás razonable, como dice Luisa, y me dejarás obrar como buen padre, ¿no es verdad?

—Si crees que es obrar como buen padre arrebatarme todos mis hijos, no por cierto—repuso Gertrudis sin dejar su tono dulce y lento, y alzando sus ojos azules hasta el semblante de su marido.

—Pero es sólo por un poco de tiempo..., por un tiempo dado tal vez—observó el esposo.—Además, yo no quiero separarte de las niñas, no las quiero sacar de Madrid... Las pondremos en las Salesas Reales, y las verás siempre que lo desees.

—¡Pero si á mí lo que menos me importa es verlas ó no!—respondió suavemente Gertrudis;—en sabiendo yo que están buenas, me basta.

—Pues entonces, ¿á qué esa oposición á que las aleje de tu lado?

—Porque eso de educar á las niñas en un convento es una cosa ordinaria, una cosa ridícula; yo deseo..., quiero que mis hijas tengan aya.

Andrés se hizo hacia atrás al oír esta salida inesperada, y este movimiento imprimió á su silla otro inevitable, que la retiró algunos pasos; luego, como si estuviera seguro de que era inútil toda discusión con su mujer, le dijo con voz reposada y grave:

—Gertrudis: ya sabes que no somos ricos, y que mi posición de Agente de Bolsa no produce hasta el extremo de igualarnos con la más encumbrada nobleza; así, en vez de la educación maternal que tú no quieres ni puedes dar á tus

hijas, es fuerza que pensemos en darles otra, modesta, saludable, sólida, moral y religiosa; esto podemos lograrlo poniéndolas en las Salesas.

—Hazlo si así lo quieres—repuso Gertrudis;—pero jamás obtendrás mi consentimiento para ello.

—¡Oh, qué mujer!—exclamó Andrés, hiriendo el pavimento con su pie y volviendo á pasearse con ira por la estancia.

—¡Dios mío!—exclamó Gertrudis llevando á los ojos su pañuelo.—¡No le bastaba haberme quitado á mis dos hijos! ¡Ahora quiere quitarme también á las niñas!... Y tan pequeñas... lejos de su madre... ¡Qué crueldad!

Al oír semejantes palabras, pronunciadas con voz entrecortada por los sollozos, el irritado esposo se detuvo enfrente de su mujer, y exclamó:

—¡Gertrudis..., por favor!... ¡Serénate!... ¡Ya sabes que no puedo sufrir el verte llorar!

—¡Yo creo, por el contrario, que el desconsolarme te alegra!...—murmuró ella sin dejar de sollozar.—¡Ay! ¡Si así seguimos, pronto te dejaré en paz y harás lo que te acomode de tus hijas!

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que muy pronto me libraré la muerte de tus crueldades.

—¡Gertrudis!—gritó Andrés con voz terrible.

—¡Qué horror! ¡Por no gastar un poco de dinero, quitarme mis hijas! ¡Madre de cuatro y arrebatármelos á todos!

—¡Gertrudis, tú quieres que esta noche me pegue un tiro!—gritó el desgraciado con voz temblorosa y ahogada.

El silencio siguió á estas palabras. Gertrudis, amedrentada, ó aparentando estarlo, no volvió á replicar; en cambio redobló su llanto y sus gemidos.

Su cuñada se acercó á ella, le tomó una mano y le dijo por lo bajo algunas palabras dulces, á las que ella sólo contestó con sollozos.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, se acercó á su hermano y le dijo con acento suplicante:

—¡Cede tú!

—¡Eso es!—exclamó Andrés;—¡cederé yo, como siempre! ¡Ya se sabe mi flaco: ya se sabe que el llanto me obliga á los gastos más locos, á las más culpables condescendencias! ¡Que llorando se me arruina, y se arruina el porvenir de esos hijos tan amados, al parecer!

—¡No, no, hermano mío!—murmuró Luisa.—El que cede es siempre el más noble, el más generoso, créelo. Dios quiere que á cualquier precio que se pueda, sin crimen, se conserve la paz conyugal.

—¿Es esta la cuenta que te echas tú siempre al ser en todo y por todo la víctima de tu marido?

—Sí, esa es.

—¿Y eres feliz?

—No; pero sería más desdichada si no cumplierse con mi deber.

—Cederé por esta vez por ti—repuso Andrés, quien fatigado de esta escena, quería terminarla á toda costa; y acercándose á su mujer, le tomó las manos y se las separó del semblante.

El pañuelo con que Gertrudis se cubría el rostro cayó sobre su falda, y se vieron sus ojos que, en efecto, se hallaban llorosos y enrojecidos; sin embargo, aquello no había sido una explosión de dolor, ni menos una pena profunda: era un llanto manejado con toda la maestría de la mujer diestra, hipócrita, helada.

—Vamos, Gertrudis, explícame lo que deseas y no seas niña—dijo el noble Andrés, sin reparar en aquella monstruosa tenacidad.—¿Qué quieres? ¿Que no vayan las niñas al colegio? No irán.

—¡Quiero un aya!—respondió Gertrudis, con una voz casi serena y con una impasibilidad irritante.

Andrés la contempló con ira durante dos segundos, y como dudando de lo que debía responder. Su brazo se levantó, por un movimiento independiente de su voluntad, sobre la cabeza de su mujer; pero volvió á caer inerte á lo largo de su cuevo.

Luego se apartó de Gertrudis, separando de ella sus ojos, como si su vista le incomodase, y murmuró:

—Tendrás aya.

Y salió del aposento sin mirar á su hermana, y presa de un violento enojo.

II

NIEVE Y FUEGO

—¡Válgame Dios, y qué enojado se marcha Andrés!—exclamó Luisa tristemente luego que su hermano hubo salido.

Gertrudis no contestó: hallábase ya de pie ante el espejo de la chimenea, alisando sus hermosos cabellos con la palma de su blanca y delicada mano.

Reinó el silencio algunos instantes; pero ella fué la primera que le rompió, diciendo á su cuñada, que la miraba con una tristeza mezclada de enojo:

—¡Ese hombre me mata! ¡Ya ves qué encarnados me ha hecho poner los ojos!... ¡Y esta noche que tengo que ir al baile de la Baronesa!...

Separóse del espejo dichas estas palabras, y fué á tirar del cordón de la campanilla.

—¡Qué! ¿Vas á un baile esta noche?—preguntó Luisa llena de admiración.

—¿Por qué no?

—Después de la escena que has tenido con tu marido, ¿puedes pensar en eso?

—Esas escenas—respondió Gertrudis—las provoca él á cada instante para hacer alardes de autoridad; pero no temas: no le alteran ni la gana de comer ni la de dormir.

—Te equivocas, Gertrudis—respondió Luisa con tristeza;—tu marido está enfermo, quizá mucho más de lo que tú piensas: el enojo le mata. Yo he visto sus ojos inyectados de sangre, sus mejillas lívidas, sus labios convulsos... ¡Por Dios, Gertrudis, por ti misma, por tus hijos, no irrites á Andrés..., que está enfermo!

Al hablar así, las mejillas de aquella mujer se colorearon á causa del fervor de su ruego; sus ojos se llenaron de lágrimas y sus manos estaban cruzadas en actitud suplicante.

La llegada de una doncella que había acudido al sonido de la campanilla, le hizo dominar su emoción y guardar silencio.

Gertrudis no había perdido nada de su impasibilidad; parecía que no había escuchado las palabras de su cuñada, porque, dirigiéndose á la doncella, le dijo con voz clara, serena é indolente:

—¿Está preparado mi traje?

—Sí, señora—respondió la camarera.

—¿Han traído el aderezo?

—Acaba de llegar.

—Tráelo para que lo vea mi hermana. ¡Ah!, y de paso trae la palanganita de plata con un poco de agua clara y una toalla de batista.

La sirvienta salió, y Gertrudis dijo volviéndose hacia Luisa:

—¡Verás qué aderezo tan divino! Es cosa muy nueva en su forma...; todo de lazos.

—Pero ese aderezo—murmuró Luisa,—¿para quién es?

—¡Oh, llamará mucho la atención en el baile, estoy segura de ello! Lo he pagado muy caro, pero no habrá otro igual.

—¿Persistes en ir á un baile?

—Sí. ¿No te lo he dicho ya? Voy al que da la Baronesa del Valle.

—¿Y lo sabe Andrés?

—No se lo he dicho; ¿para qué? Él no había de acompañarme.

—Pues ¿con quién vas?

—Con la Marquesa de Castro.

—¿Pero no sabes cuánto se murmura de esa mujer?

—¿Y qué importa eso? ¡Se murmura en el mundo tan sin razón!

Y diciendo esto con una serenidad admirable, Gertrudis tomó de la mano de su doncella, que había vuelto á entrar, una pequeña palangana de plata y una toalla de espumosa batista; humedeció en el agua una punta de esta última, y lavó con mucho mimo y delicadeza sus ojos azules, algo enrojecidos por sus pasadas lágrimas.

Mientras tanto que se ocupaba en esto, no dejaba de lamentarse hablando con su cuñada, y sin pensar en que se hallaba presente una de sus sirvientas.

—¡Ah, Dios mío!—exclamaba, pasando suavemente el paño humedecido por sus ojos.—¡Este

hombre ha de matarme á pesadumbres! ¡Nadie tiene lástima de mí! ¡Me agobian todos los cuidados, todas las penalidades de la casa! ¡Qué fea voy á estar esta noche con los ojos tan encendidos! ¡Pero la culpa es mía! ¡Si yo no me tomase penas por nadie! ¡Oh, algo más dichosa sería! ¡No se resentirían tanto mis nervios, ni tendría estas punzadas tan terribles en el corazón!

Gertrudis acabó de lavarse los ojos entre estas quejas, que ella exhalaba con acento indolente; luego devolvió la toalla y la palangana á la camarera, y tomó de sus manos un gran estuche de terciopelo violeta, que abrió acercándolo á los ojos de Luisa.

—¿Qué te parece?—le preguntó con displi-
cencia.

—¡Magnífico!—respondió Luisa con sincera ad-
miración.

En efecto, no podía imaginarse una cosa de un
gusto más exquisito.

Era un aderezo que constaba de collar, pen-
dientes, brazaletes y alfiler, todo formado de la-
zos de perlas, con abrazaderas de diamantes, que
brillaban como gotas de rocío en el centro de una
blanca flor.

—¡Oh!, lo he pagado muy bien; pero lo vale,
¿verdad?—preguntó Gertrudis con más animación
de la que hubiera podido esperarse de ella.—Este
adorno, con un traje de crespón azul de China, re-
cogido también con lazos de perlas, será delicioso.

—¡Pero esto ha debido costarte una suma enor-
me!—murmuró asombrada Luisa.

—Vete, Juana—dijo Gertrudis á la camarera,
—vete y prepara en mi tocador todo lo neces-
ario para vestirme; enciende perfumes y ve
extendiendo la ropa, pues ya sabes que quiero
todas las prendas del traje fuertemente aromati-
zadas.

La doncella se inclinó, y salió para cumplir las
órdenes de su señora.

Ésta se dirigió á Luisa.

—Á decir verdad, querida mía—le dijo,—to-
davía no sé lo que me cuesta el traje y el ade-
rezo.

—¿Cómo! ¿No los has pagado?

—No; no tenía dinero para tanto. Cuando trai-
gan la cuenta la pagará Andrés.

—Pero ¿y si él tampoco está en fondos?

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? Los hom-
bres se casan para mantener y vestir á su esposa
y á sus hijos.

—No hay duda; ¡pero tan enormes gastos!

—De soltera llevaba yo mucho más lujo que
ahora: ya lo sabes, Luisa, pues éramos amigas;
ya sabes que mi padre no hallaba nada que fue-
ra demasiado bueno para mí.

—Yo no te niego eso.

—¡Y cómo podrías hacerlo, si era proverbial
la pasión por su hija del general Santa Fe; si no
ha habido en Madrid joven más mimada, más

querida, más adorada que yo! ¡Sólo ahora, ¡ay!, sólo ahora es cuando soy desgraciada!

Gertrudis colocó con mucho cuidado el estuche de las perlas sobre la chimenea, y después se dejó caer en un sillón dando profundos y dolorosos suspiros.

Luisa quedó meditabunda durante algunos instantes; parecía como que luchaba con algún deber penoso y que, sin embargo, estaba resuelta á cumplir.

Por fin se acercó á su cuñada, le tomó una mano y le dijo con dulce gravedad:

—Gertrudis, mi deber es hacerte una advertencia, seria y triste á la par...

—¡Ah, Dios mío!—exclamó la joven.—¿Vas á entristecerme de nuevo? En ese caso, cállate, querida Luisa; bastante contristada estoy.

—Si lo estás, al menos por ahora, es sin gran motivo; pero después de oír lo que voy á decirte, lo estarás, desgraciadamente, con mayor fundamento.

—Habla, pues, ya que te empeñas en mortificarme—dijo Gertrudis reclinándose en su asiento, con un ademán de triste resignación.

—Pues bien, Gertrudis: sabe que tu marido está hastiado de tu casa y de tu carácter.

—¡Eso ya lo sé! ¿Y bien?

—Que es fácil que busque en otra parte lo que no halla en ti.

—¡Ah, qué crueldad!—exclamó irritada Ger-

trudis.—¡Te has empeñado en que no vaya al baile! ¡Está visto, esto es un complot que habéis fraguado entre Andrés y tú!

—¡Dios mío! ¿Así tomas lo que digo, Gertrudis?—exclamó Luisa con tristeza.—Cuando te hablo de la felicidad de toda tu vida, ¿piensas en el baile?

—¿Y en qué he de pensar? ¿Quieres que me deje morir?

—¡Por Dios, Gertrudis, no seas exagerada!—repuso Luisa.—Amo á mi hermano con toda mi alma, y eso no puedo ni quiero negarlo; pero si esto es cierto, no lo es menos que soy tu amiga desde la niñez, y que tu felicidad me es tan cara como la suya; no es menos cierto que ama á tus hijos á la par del mío, y que me duele ver que perdéis la paz sólo por tu culpa.

Sin duda que Gertrudis iba á contestar con su acritud acostumbrada, ó con una serie interminable de lamentaciones; pero la puerta se abrió, y dos preciosas niñas entraron, desprendiéndose de las manos de la niñera que las había conducido.

III

MARÍA Y ELVIRA

Eran dos criaturas encantadoras.

La mayor contaría unos seis años, y se parecía á su madre en el color de sus cabellos y en el de sus ojos.

Se llamaba María.

Sin embargo, á pesar de presentar el mismo tipo de hermosura que su madre, un observador inteligente hubiera hallado gran diferencia entre los dos semblantes, además de la que imprime la diferencia de edad.

Los cabellos de María eran de un rubio más obscuro y menos vaporoso que los de su madre; sus ojos, de un azul más intenso y más subido, tenían una expresión muy diferente; los de Gertrudis nada decían: en los de su hija había un mundo de pensamientos y de sensibilidad.

Las facciones de María no ostentaban tampoco la helada regularidad que se hallaba en las de su madre; eran más gruesas las de la niña, menos armoniosas, pero más espirituales.

Llevaba un traje, ya bastante usado, de seda azul con cuadritos blancos; por debajo de sus enaguas bordadas salían sus pies, muy pequeños y calzados con unas botitas de satén inglés.

La otra niña contaba dos años menos; era pequeña, nerviosa y muy bella.

Elvira, que éste era su nombre, no se parecía en nada á su hermana ni á su madre; pero era un retrato de Andrés, excepto en el cutis, que lo tenía blanco como las azucenas; sus ojos eran grandes, negros, rasgados, de mirada vivaz y elocuente; nada podía darse de más encantador que aquella carita blanca y rosada, sobre la cual proyectaban una oscura sombra largas y dobles pestañas negras.

Sus cabellos, que, como su hermana, llevaba cortados á la altura del cuello, eran negros, brillantes y tan espesos, que sólo dejaban en medio de la frente una raya blanquísima y angosta como un hilo.

Sus labios, del color del coral más vivo, eran delgados y finos, denotando una gran firmeza de carácter y una reserva obstinada y dura; en fin, en su ancha frente y en su mirada brillante y osada, se echaba de ver una tendencia excesiva al dominio y una voluntad inquebrantable.

Vestía, con más suntuosidad que su hermana, un traje de seda, nuevo y guarnecido de encajes; su enagua estaba también orlada de encaje de gran precio.

María se detuvo á la puerta, tímida y como coratada. Elvira corrió hacia su madre, llena de alegría y de confianza.

—¡Hija mía!, ¡ángel de mi vida!, ¡mi amor!, ¡mi

cielo!—exclamó Gertrudis abrazándola, y sin mirar siquiera á su hija mayor.

Esta se acercó tristemente á su tía, que la colocó sobre su falda.

—Estoy muy cansada, mamá; he paseado mucho—dijo Elvira.

—¿Has ido á pie?—preguntó su madre.

—Sí, á pie, con Pepa. María dice que no está cansada; es más fuerte que yo, ¿verdad María?

—Sí; yo no estoy cansada—respondió la niña.

—Desde mañana ó pasado, hijas mías, tendréis un aya—dijo Gertrudis,—y ya no pasearéis á pie toda la tarde: iréis en carruaje; bajaréis un rato en el Retiro, y luego el coche os volverá á casa.

—¡Cómo, mamá! ¿Vamos á tener aya como las niñas de la Marquesa del Prado?—preguntó Elvira, cuya penetración era admirable, atendida su corta edad.

—Sí, ángel mío.

—Pues papá se oponía á eso—objetó María;—nunca ha querido que tuviésemos aya ni coche.

—¡Ya! ¡Manías de tu padre!—respondió Gertrudis, á pesar de la presencia de la criada, que había entrado con las niñas y que aguardaba allí para volver á llevárselas.

—Es que dice papá que á las niñas nos conviene el ejercicio, y correr—observó María, como si hubiera deseado corregir el yerro de su madre.

—Bastante trabajo me ha costado conseguiros esa aya—repuso Gertrudis.—Pero, en fin, ya lo

he logrado; mañana saldré á buscarla, y mañana dormiré ya en casa.

—Y qué, mamá: ¿ya no saldremos nunca contigo?—preguntó María con tristeza.

—Nunca; ahora saldréis con el aya.

—¿Y dormiremos con ella?

—Sí; en su mismo cuarto.

—¿Y comer? ¿Con quién comeremos?

—Con el aya.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pues entonces más valía que no viniera!—exclamó María llorando.

—¿Qué necedad es esa?—preguntó severamente su madre.—¿Á qué viene llorar de esa manera?

—¡Lloro, mamá, porque así va á parecer que tú te has muerto! ¡Comer con el aya, pasear con el aya, dormir con el aya! ¡Sólo nos faltará que nos vistan de luto para que nos parezcamos á nuestras amiguitas Eloísa y Julia, que no tienen papá ni mamá!

—Á bien que nosotras los tenemos—objetó Elvira,—para que nos compren dulces y juguetes.

—Yo quisiera tenerlos para que me quisieran mucho y no separarme de ellos, aunque nunca me comprasen nada—dijo María, que no cesaba de llorar.

—¡Dios mío, qué criatura! ¡Esto no se puede soportar! ¡Es el retrato de su padre! ¡Cuanto hace una por su bien, otro tanto es desconocido, otro tanto es acusado! ¡Yo, yo sola soy la mártir aquí, la que sufre, la que padece por todos!

—¿Ves? ¡Ya has hecho llorar á mamá!—dijo Elvira á su hermana con acritud.

—¡Idos á acostar!—exclamó Gertrudis.—¡Idos y dejadme, porque vais á matarme entre todos!

María, amedrentada con el llanto de su madre, dócil como una corderilla, bajó de las faldas de su tía y fué á asirse de la mano de la niñera; Elvira se asió de las manos de su madre.

—Mamá—dijo.—Juana me ha dicho que vas á un baile. ¡Yo quiero verte vestida! ¿Quieres tú que me quede?

—¡Sí, amor mío! ¡Sí, corazón mío!—respondió Gertrudis, cambiando sus lágrimas imaginarias por un acento muy natural y muy satisfecho.—Ven conmigo á mi tocador: tú tienes instintos é inclinaciones de persona distinguida; tú serás una dama, al paso que tu hermana será siempre tan vulgar como tu padre.

Y Gertrudis salió sin mirar á su hija mayor, y llevando de la mano á Elvira, quien por dos veces, en el breve espacio que la separaba de la puerta, se volvió á mirar á su hermana con expresión de lástima y de ternura.

Luisa tomó entonces entre sus manos la rubia cabecita de María, que había vuelto á su lado, como si allí hallase algún consuelo; le hizo levantar el semblante, y la miró con cariño y conmisericordia. María estaba llorando, pero suave y silenciosamente.

—No te aflijas, querida mía—le dijo su tía.—

¿Quieres que te lleve yo al tocador de tu mamá?

—No—respondió la niña, meciendo tristemente su linda cabecita;—¿para qué he de ir cuando ella no me llama?

—Se le habrá olvidado.

—No, no; sólo ha querido que la acompañase Elvira, y por tanto, yo me voy á acostar.

Luisa quedó pensativa y sin saber de qué modo acallar el doloroso llanto de la niña; de repente pareció ocurrirle una idea luminosa, porque su semblante que estaba velado por una profunda expresión de tristeza, se animó con un rayo de esperanza.

—Escucha, María—dijo á su sobrina:—dentro de dos días marchó al campo. ¿Quieres venirte conmigo?

—¡Ay, tía! ¡Sí, de buena gana iría!—exclamó la niña, cuyas lágrimas se secaron como por encanto.

—Te vendrás, pues. Iremos las dos á la casita de la Florida: ya sabes, hija mía, qué alegre y qué bonita es; allí jugarás con Alberto, y estarás contenta.

—Pero, ¿y si olvido mis lecciones? Papá me reñirá.

—No las olvidarás, porque todos los días las darás con tu primo.

—¿Sabe Alberto bastante para ser mi maestro?

—Sí—respondió Luisa sonriéndose.—Alberto te dará lección de lectura y de doctrina; yo de co-

ser y rezar; así, lejos de olvidar nada durante el verano, volverás más adelantada de lo que te marchaste de aquí.

—¿Y cuándo nos iremos, tía?

—Dentro de dos días.

—¿Y mi tío?, ¿y Alberto?

—Tu tío está allí—respondió Luisa con un suspiro.—Alberto vendrá con nosotras.

La doncella de Gertrudis, que se presentó en el umbral, cortó la conversación de Luisa y de su sobrina.

—La señora desea que vaya usted á ver su traje—dijo á Luisa.

—Voy al instante—contestó ésta, poniendo de pie en el suelo á María y saliendo de la estancia.

—¡Vamos! ¡Qué bien habrá estado la muñeca en brazos como un niño mamón!—dijo Juana, mirando con enojo á María.—¿No le da á usted vergüenza, con seis años á cuestas?

María irguió su pequeña estatura con una soberanía admirable, y dijo á la camarera de su madre con supremo desdén:

—Llama á Pepa para que me acueste.

—Llámela usted—respondió Juana con insolencia.—¡Vaya con el modo de mandar de la chiquilla!

María guardó un despreciativo silencio; probó á coger el cordón de seda de la campanilla, pero su pequeña estatura no le permitía alcanzar á tanto; convencida ella de esto mismo, se subió á una

silla, y ya le fué posible llamar, haciéndolo sin cólera y sin arrebató.

Un instante después apareció la niñera que había llevado á las niñas á paseo, y que era la encargada de cuidarlas.

Era fea; pero en su gruesa y bonachona fisonomía estaban escritas la paciencia y la bondad.

—Vamos á acostarme, Pepa—dijo María con mansedumbre.

—Vamos—repuso la criada, tomándola de la mano.

—¡Jesús!—exclamó Juana;—¡no sé cómo tienes esa cachaza! ¡Por lo mismo que ella quiere acostarse, la había yo de tener en pie hasta las once!

—¿Y por qué, mujer?—exclamó Pepa admirada.

—¡Me encocoran los chiquillos, y esa sobre todo!

—¡Pobrecita! Yo la quiero como á las niñas de mis ojos. Es verdad que aquí sólo la queremos su padre y yo.

—Pues yo no la puedo sufrir; ¡si fuera su hermana! ¡Esa sí que tiene la sal del mundo! ¡Qué desparpajo para mandar! ¡Qué aire tan señor, y, sobre todo, qué hermosura!

—Juana—dijo Pepa, que era una montañesa honrada, sesuda y de talle redondo, como se suele llamar á las que visten la basquiña corta y el jubón de manga ajustada.—Yo creo que la niña

Elvira, con su sal, su desparpajo y su hermosura, ha de dar más guerra toda su vida que Napoleón.

—¿A quién?

—¿A quién? Ahora á sus padres y á nosotros; luego á sus novios; después á su marido, á su hermana, á cuantos vivan á su lado; tiene un geniecito, ¡que ya, ya! Hay ratos que no se puede aguantar ella misma, y rabia y patear. Eso lo he visto yo.

—¡Bah, pero es tan linda! ¡Con aquellos ojazos negros! Y no esta rubia con ojos de gato.

—Ojos de cielo, diré yo.

Y Pepa, al pronunciar estas palabras, tomó en sus brazos á María, y empezó á hacerla bailar en ellos, cantando con su gruesa voz de contralto:

Ojos pardos y negros
son los comunes;
¡los que me cautivaron
fueron azules!

—¿Y ese pelo amarillo que tiene?—objetó Juana, que realmente no podía sufrir á la pobre María.

—¿Amarillo el pelo de mi niña? ¡Vamos, no digas disparates, Juana!—exclamó Pepa, que ya se iba amostazando.—Di que rabias de envidia porque el señor me agradece los cuidados y el afán que tengo por esta niña, á quien nadie quiere. ¡Sí, no te pongas fosca! Demasiado sé yo que ra-

bias cuando oyes al señor que me dice: «Pepa, eres una buena muchacha, y no saldrás de mi casa hasta que sea para casarte bien; entonces María te regalará 2.000 reales para el mueblaje.» ¡Bah, bah! ¡Si eso lo conoce un tonto!

Y Pepa, para no dar lugar á que Juana contestase, se encaminó á la puerta con María en los brazos dando saltos, y cantando á la niña:

Esos cabellitos rubios
que se rizan en tu frente,
parecen campanas de oro
que van llamando á la gente.

Al mismo tiempo de acabar la canción, desapareció tras de la *portière* de terciopelo.

Juana, roja de ira, empezó á arreglar los muebles de la estancia con muy mal modo.

IV

HIMNO DE LA INFANCIA Y DE LAS FLORES

Siete días después era domingo y las ocho de la mañana, cuando una escena llena de belleza y de poesía tenía lugar muy cerca de Madrid.

De Madrid, cuyo suelo es tan injustamente calumniado y acusado de estéril, arenoso é infecundo, y al cual sólo faltaba agua, que ya la tiene, brazos bastantes, que no tendrá nunca, y una